

# Estética de la identidad y sus paradojas

*Katya Mandoki\**

*A Sergio Pérez Cortes, en agradecimiento*

La identidad de un texto es su título. Define el tema, amarra ideas, organiza el discurrir. El título es la palabra o frase de mayor jerarquía en un texto; equivale a la totalidad del texto como el significante al significado. Un texto sin título es como habla sin autor, enunciado sin sujeto, mundo sin dios, lo pecuniario sin oro, cuerpo sin genitales, sociedad sin Estado, óptica sin foco... En un momento en que el sujeto es cuestionado por el estructuralismo, Nietzsche declara la muerte de dios, la moneda circula sin respaldo en oro, el arte abandona al referente natural y humano, se destrona al pene en un nuevo desorden amoroso,<sup>1</sup> se anuncia la desaparición del poder y lo político<sup>2</sup>, se cuestiona al autor como ori-

\*Profesora e investigadora del Departamento de Síntesis Creativa de la UAM Xochimilco

<sup>1</sup> Alain Finkielkraut y Pascal Bruckner. *El Nuevo Desorden Amoroso*. Editorial Anagrama. España.

<sup>2</sup> Baudrillard, Jean. *Cultura y Simulacro y A la Sombra de las Mayorías Silenciosas*. Editorial Kairos. Barcelona 1978.

gen del discurso<sup>3</sup>, la identidad se vuelve imposible, un fracaso porque "Yo es otro"<sup>4</sup>, este texto no podría menos que carecer de título. Pero para un texto decapitado, faltó audacia.

### Lo Otro de la identidad

Es extraño que el pensamiento occidental haya definido al concepto de identidad precisamente por su otro: el cogito, la conciencia, el espíritu, la realidad interior. Descartes es el primer filósofo en hacer un cuestionamiento desde el enfoque moderno de identidad. ¿Sus *Meditaciones* pueden leerse no sólo como una inquisición sobre lo verdadero y lo falso sino sobre su identidad? ¿Que soy? ¿Soy el que mueve la cabeza, levanta el brazo y viste de negro? ¿O soy el que sueña que mueve la cabeza, que levanta el brazo y que viste de negro? "Sin dejar de suponerlo he hallado que hay algo cierto: que yo soy algo". Ese algo duda, entiende, concibe, afirma, niega, quiere, no quiere, imagina y siente. Así inaugura Descartes la definición de la identidad como entendimiento, y como sentimiento y deseo. El gran padre del racionalismo occidental y su cogito inaugura también un discurso sobre la identidad como acto: a) de pensar, de tocar ("que yo existo puesto que la toco" "yo soy o existo, porque yo soy el que la veo") y b) de sentir : "soy una cosa que...ama, odia, quiere, no quiere, imagina, siente"<sup>5</sup>. Podría leerse, pues, a sus *Meditaciones* como un discurso de la identidad racional y la identidad estética (como origen de percepción, deseo, sentimiento, emoción). Junto a la exclusión de la locura por el discurso cartesiano que leyó Foucault, encontra-

Descartes inaugura un discurso sobre la identidad como acto.

<sup>3</sup> Foucault, Michel . *¿Qué es un Autor?* Universidad Autónoma de Tlaxcala, México D.F. 1985 y *El Orden del Discurso*.

<sup>4</sup> Levinas, Emmanuel. *Humanismo del Otro Hombre*. Siglo XXI Editores. México, 1974 p.116.

<sup>5</sup> Descartes, René . *Meditaciones Metafísicas* .Editorial Porrúa. Mexico, 1984. pp.60-63.

mos la inclusión de lo estético en la identidad: algo así como un "siento luego existo"; paradójico, puesto que la estética y la locura no están tan lejos una de otra.

Que la conciencia, el cogito, se planteen aquí como lo otro de la identidad es porque ésta es identificación, implica permanencia. Para que algo tenga identidad, debe permanecer igual a sí mismo. "Lo que es, es", decía Leibniz, "y es imposible que la misma cosa sea y no sea". La identidad, para Laing, es aquello por lo cual uno siente que es *el mismo*, en este lugar, este tiempo como en aquel lugar y tiempo, pasado o futuro; es eso por lo que uno es identificado<sup>6</sup>. Pero que es "aquello" y "eso" ¿un rostro? ¿un nombre? ¿un timbre de voz? ¿un músculo tenso en la espalda? ¿una sensación interna?

Para que algo tenga identidad, debe permanecer igual a sí mismo

La paradoja en la definición cartesiana es que no siempre dudo, ni siempre amo, quiero o entiendo. Además ¿a quién o a qué ama, odia, quiere y no quiere ese yo? Heidegger realiza la incisión al solip-sismo de la identidad cartesiana. En el yo soy "algo", hay que reconocer que ese algo está situado en el mundo. El yo sería, por lo menos, identidad-en-el-mundo. Hay situaciones, objetos, alteridades, complementos y referencias de esa identidad, la primera de las cuales, en la identidad ontogenética, es la madre.

Lo que amo, deseo, dudo, pienso o veo, es decir, los contenidos de los actos del "yo" o de esa cosa que imagina, odia, siente, jamás son los mismos. Por lo tanto, hay aquí todo menos identidad. Despertamos esta mañana y hemos pensado, deseado, sentido e imaginado de diferentes modos, diferentes cosas. La paradoja es, entonces, el intento de definir la identidad por lo que jamás es idéntico, por el río heraclítico del mundo interno.

Heidegger realiza la incisión al solip-sismo de la identidad cartesiana.

<sup>6</sup> R. D. Laing, *Self and Others* Penguin Books. 1978. p. 86

## El Otro de la identidad o en busca de testigos

La persistencia de la identidad personal es, según Lacan, un efecto del lenguaje.

El primer descubrimiento de su rostro en un espejo por el lactante ha de ser una de las experiencias más intensas en la vida de un individuo. Esto es, para Lacan, el "estadio del espejo"<sup>7</sup> la identidad no persistente, una identidad no enajenante. El infante se descubre dueño de un poder sobre la imagen; sus movimientos, apenas controlables a la edad de 6 meses, producen ya efectos en las apariciones de la imagen. A partir de aquí, así como de los efectos que su llanto produce en su objeto primordial o la madre, se irán forjando los elementos de su puesta en identidad. Pero existe además la persistencia de identidad personal a través del tiempo y su sensación existencial que es, según Lacan, un efecto del lenguaje.

Laing afirma que toda identidad requiere de un otro a través de quien y en relación al cual la identidad se actualiza, aunque el otro pueda imponer una identidad no deseada por el sujeto<sup>8</sup>. Esta es la función de complementaridad, definida por Laing como aquella en la que el otro completa la identidad.

La identidad de una persona no puede abstraerse de su identidad-para-otros.

La identidad de una persona, afirma Laing, nunca puede ser abstraída de su identidad-para-otros<sup>9</sup>. Están en juego la identidad para sí mismo, la identidad que los otros le adjudican, las identidades que les atribuye a ellos, la identidad o identidades que cree que ellos le atribuyen, y lo que cree que creen que cree que creen...<sup>10</sup> Sin embargo, tales identidades no pueden ser tampoco claramente definibles, identificables. Definir una identidad es, más bien, un proce-

<sup>7</sup> Lacan. *Escritos 1 Siglo XXI Editores*. 7 ed. México 1979. pp. 11-18

<sup>8</sup> Laing. *Op. Cit.* p. 82

<sup>9</sup> Lacan coincide con Laing en esto: "El sujeto, en su sensación de sí, se identifica con la imagen del otro... Es antes que nada en el otro donde el sujeto se identifica y se experimenta a sí mismo". El otro no tiene otra existencia como tal fuera de esta relación especular. Lacan citado por Jean-Joseph Goux *Symbolic Economies*. Cornell University Press. 1990. p. 14

<sup>10</sup> Laing. *Op. Cit.* p. 86

so verbal, un efecto del lenguaje. Pero *percibir* la identidad es un proceso estético pues tiene que ver con formas particulares del gesto, el habla y la imagen del otro en la producción de efectos emotivos e impresiones sensoriales. Una puesta en identidad de sí es, como Goffman lo analizó, una presentación de persona, un acto dramático.<sup>11</sup> Es un hacerse-ver de cierto modo, con cierta utilería, vestuario y escenografía, es decir, en una táctica icónica, retórica y dramática<sup>12</sup> que recurre a gestos, imágenes y objetos para producir un efecto de identidad de sí en el otro, en un testigo y público.

Por ello, ¿cuál es la identidad? la que cree presentar de sí el sujeto, la que percibe el testigo, (¿y si son varios? ¿cuál testigo?) ¿la de la madre, la del padre, la del sujeto trascendente, la de Dios, la del psicoanalista, el maestro, el jefe, la del astrólogo, el gurú, el amante, el enemigo, el cómplice, la de la adivinadora de cartas, el quiromántico, el horóscopo chino...? La identidad parece ser todo menos identidad.

Percibir la identidad es un proceso estético.

El adolescente, en proceso de producir su identidad como adulto, efectúa existencialmente el parricidio y matricidio necesarios para liberarse del sujeto que lo ha constituido en un objeto determinado. Ya no es "hijo-de" sino el amante o amado-de. El amor adolescente es el equivalente juvenil al "estadio del espejo" lacaniano. El otro nos promete una identidad, conoce un secreto que ignoramos. El otro es sujeto ante el cual somos hechos objeto. El cliché amoroso de "para un ser muy especial" es el sortilegio de la identidad.

Por ello, cuando un testigo absoluto, como es la madre para quien nunca efectuó el matricidio psicológico, impone identidades conflictivas e irreconciliables, la carga de angustia inflingida es inmensa. Es

<sup>11</sup> Goffman, Erving. *La Presentación de la Persona en la Vida Cotidiana*. Amorrortu Editores. Bs. As. 1981.

<sup>12</sup> Véase Katya Mandoki. *Estética y Poder*. Tesis Doctoral. UNAM. 1991. cap. III.

el caso de la carta enviada por su madre a Raskolnikov y las diversas identidades opuestas ahí implicadas<sup>13</sup>. La dependencia del otro para una cuestión que podría ser vital como es la identidad, las dudas, contradicciones y ansiedades que implica, lleva a establecerla en términos, ya no de un sujeto de referencia, sino de un objeto.

## Los Hitos

### *Las cosas*

Ante la fatal volatilidad del ser, la tradición occidental genera mecanismos que producen identidades.

Ante la volatilidad fatal del ser, la tradición occidental ha creado mecanismos para atrapar lo inatrapable al producir identidades. Es la lucha por evadir la esquizofrenia implícita en la vivencia íntima de ser. Huímos de una condición natural esquizofrénica, donde las vivencias se nos escapan vertiginosamente como islotes sumergidos en mares de olvido, afe-r-rándonos al mástil de la identidad.

Las vivencias se nos escapan vertiginosamente en mares de olvido.

Si lo interno fluye y pulsiona, es en lo externo donde parece haber cierta permanencia. La interioridad está tejida por acontecimientos discontinuos e inconmensurables. Solo a nuestro alrededor, afuera, en los objetos, parece haber identidad. Esa silla es idéntica a sí misma. Me he ido y he vuelto, y la silla no ha cambiado cuando yo, al volver, no soy la misma que antes de irme, puesto que ahora soy la que se fue y volvió. Si es apenas de los objetos, del espacio, de los que puede inferirse identidad, y ello sólo en un tiempo relativo puesto lo que es fósil será petróleo, lo que es sol sera hoyo negro, lo que es cuerpo será polvo, entonces nuestro concepto de identidad es un concepto relativo en ambos sentidos: relativo y nunca absoluto, pasajero, contingente, y relativo en términos de una relación. Es ne-

<sup>13</sup> Esta parte del *Crimen y Castigo* de Dostoyevsky es analizada por Laing en cuanto a mensajes contradictorios, tan comunes en las relaciones familiares cotidianas. Véase Laing. *Op. Cit.* p. 165-173.

cesario buscar un objeto fijo, claro, definido, conformado, en relación al cual establecer una relación: la piedra, el sol, el totem, el texto.

El "pueblo del sol" establece su identidad en relación a la del astro solar. Mientras éste existiera, existirá el pueblo.

Hay tres piedras desde las que se definen tres identidades filogenéticas. Las tres están en Jerusalén, etimológicamente ciudad de paz y, paradójicamente, por la que más sangre se ha derramado en toda la historia de la especie: el Santo Sepulcro cristiano donde están enterrados los restos de Cristo, las piedras del muro occidental del Segundo Templo destruido por los romanos hace dos mil años, hoy el lugar más sagrado para los judíos y la piedra de la mezquita de Omar, desde donde ascendió Mahoma al cielo, (el mismo sitio donde Abraham estuvo a punto de sacrificar a su hijo, o la piedra de sacrificio de Isaac). Estas piedras están a unos cuantos metros una de otra, pero sus implicaciones las separan inmensurablemente excepto, acaso, en el origen litolatra común para las tres identidades monoteístas; *litolatra y textual*.

Tres piedras definen tres identidades filogenéticas.

### *La tierra*

He aquí al Gran Objeto, tenaz fincador de identidades. La tierra que promete Dios a la tribu, el progenitor al primogénito, el presidente al campesino, la revolución al pueblo. La tierra es el objeto primigenio. El sol aparece de día y desaparece de noche, surge en el Big Bang e implosiona en el hoyo negro; dios muere y renace como Dionisio, Tamuz, Jesús el Nazareno. La tierra simbólicamente permanece. Podría cambiar de dueño, ser usurpada, conquistada, violada, vejada, contaminada, pero ahí está, como la Guadalupe o la Shejina. Presencia inmanente que no abandona al hombre ni después de muerto, pues lo entierra. El que posee tierra y mujer es un hombre con identidad. Detrás de las luchas agrarias, de las

El que posee tierra y mujer es un hombre con identidad.

revoluciones, de las guerras, se halla la tierra como gran objeto y, junto a ella, la identidad. La tierra es *materia*, madre, arraigo de cadenas e identidades matriarcales. El ciudadano urbano ya ha olvidado, por tener asfalto y plástico bajo lo pies, que execrar la tierra es mentar la madre. La ciudad es el desma-dre, el destierro.

### *La historia*

La tierra es *materia*, arraigo de cadenas e identidades matriarcales.

Uno de los mecanismos de producción social de identidad es la historia. La Biblia produce la identidad de una tribu, los descendientes de Abraham, que, por la cadena genealógica entre padres e hijos, y la contractual entre Dios y los hombres, de los hombres entre sí, y de los hombres con la tierra, establece una permanencia y, por ende, una identidad de quienes participan en el contrato y en la genealogía. La identidad nacional devora los relatos históricos para producirse. Cada pueblo en algún momento ha configurado el relato oral o escrito de su identidad. Tlacaelel decide destruir los relatos anteriores a la grandeza del pueblo azteca y manda producir una identidad acorde a sus proyecciones de poder. Tutmosis III hace algo semejante, y manda borrar el nombre de su madre, la reina Hatshepsut, en donde se hallare, y romper esculturas con su imagen. Los enciclopedistas escriben la historia desde el racionalismo; se define la identidad de un pueblo por los principios de la razón y por el contrato social. Marx la escribe desde el materialismo histórico y define la identidad de una clase por su práctica y su conciencia. El conquistador escribe la historia de México y define la identidad de la Nueva España; el Estado independiente de la corona hace la historia y define al pueblo de México.

La historia es uno de los mecanismos de producción social de identidad.

### *El logos*

El relato mítico, histórico, ideológico, religioso, recogen el devenir y lo conforman desde el logos y el

lenguaje. Ambos son cómplices como dispositivos de producción de identidades. Al sinsentido de la vida y la vivencia les imprimen, por una exterioridad que aparenta ser interior e inmanente, un hilo conductor que rellena vacíos, establece conexiones, linealiza y disciplina bajo sus leyes un disfraz de permanencia. El logos es una dinámica de permanencia que supone contagiar de ésta a sus contenidos. Al revestir esos fragmentos volátiles rescatados del olvido o, más bien, inventados desde el olvido, con una lógica, una continuidad inteligible, el sujeto y los pueblos voltean la oscuridad de lo transcurrido hacia la luminosidad del sentido. El logos es un orden significativo que produce sus significados como referentes anteriores a él, dotados de una lógica propia que el logos solo reflejaría. Como el dios de Feuerbach creado por el hombre, que es un dios creador del hombre, el logos creador de significados es un logos creado por los significados. Los referentes que son su efecto aparecen como su origen y causa, referentes que el logos solo representa. Pero el logos, como potencial del discurso de generarse y reproducirse a sí mismo, es un ensamblaje arbitrario de lo dicho y no dicho, lo pensado y no pensado, lo escrito y no escrito, un montaje del habla-escritura-pensamiento posibles, ocurridas, imposibles, virtuales. El discurso tiene la identidad del objeto finito como cosa, pero como matriz de significados no puede jamás tenerla. Por eso, el logos es el dispositivo y el lugar imposible de la identidad.

El logos es el dispositivo y el lugar imposible de la identidad.

### *Los nombres y los números*

Conspirando junto al logos está el orden de los nombres. Adán nombra a los animales del paraíso produciendo así la identidad de cada cual. Nombrar es identificar. Lo anónimo carece de identidad, según este orden. Un cuadro anónimo, por ejemplo, tiene identidad como cuadro, porque tiene forma, pariente del nombre, pero carece de identidad de la firma,

del sujeto creador. La institución legal recurre al nombre y al número para establecer identidades civiles: nombre, apellido, fecha de nacimiento, sexo, estado civil, profesión, nacionalidad, registro federal de causantes, número de pasaporte. Sin embargo, todos estos datos pueden ser variables: el apellido en la mujer, el sexo en los transexuados, el estado civil en los casados, divorciados y viudos, la fecha de nacimiento por las madres ansiosas de hacer ingresar con presteza a sus hijos en la primaria, la profesión y la nacionalidad en varios casos, y la calidad de vivo o finado. El Registro Civil y social exige información a cada cambio de identidad para nombrarlo adecuadamente. El orden de los nombres es tan contingente como necesario: el hijo puede tener el nombre del padre o del abuelo, según ciertas costumbres, pero puede no tenerlo. Su apellido, sin embargo, es necesario; la presencia o ausencia del padre define el apellido, su identidad como "legítimo" o "ilegítimo". Para Saussure, el lenguaje es un orden de diferencias; el valor de las palabras y su sentido es un juego de diferenciación. Si nombrar es identificar, identificar es diferenciar: otra paradoja de la identidad.

Si nombrar es identificar, identificar es diferenciar: otra pareja de la identidad.

La ciencia moderna produce identidades por números y fórmulas. Pitágoras creyó llegar a la esencia última del universo a través del número 10. La ciencia, al hallar la relación numérica de un fenómeno, establece su identidad. El nazismo procedió por dos medios en la producción de identidades: la del número grabado sobre la piel del preso, y la del nombre de las razas. Había que definir la identidad aria, el sí mismo; después, definir al otro. Quedar señalado por nombres como comunista, gitano, judío, homosexual era caer en la otredad a la identidad aria. Al nombre genérico del Otro se le añadía el número individual lacerado en la muñeca. El nombre genérico del Sí Mismo, del ario, se representaba en el espectáculo de masas del Nacional Socialismo;

los números forman ahí el todo, las individualidades se funden en La Gran Identidad.

### Circulación de identidades

Egipto es, para Goux, la tierra del jeroglífico, del simbolismo criptofórico<sup>14</sup>, pleno de sentidos, complejo. Egipto, desde nuestra perspectiva, es el lugar de la identidad henchida: enormes pirámides, lujosísimas tumbas erigidas con el fin de conservar la identidad de un individuo de jerarquía más allá de la muerte. El arte faraónico es la hipóstasis absoluta de la identidad.

La época burguesa fue la época de la gran invención de identidades.

La identidad medieval es una identidad moral, a mayor o menor semejanza de dios. La época burguesa a partir del Renacimiento fue la época de la gran invención de identidades. Se inventaron las artes, la individualidad psicológica, una lírica particular, modos de relación social; los cuadros se firman, los estilos se inventan, modos de percepción se configuran. La identidad del hombre del renacimiento, la del *flaneur*, la del bohemio, la del *entrepreneur*, eran sucesos históricos nuevos. El cógito cartesiano como punto de partida del pensamiento es un fenómeno típico de esta identidad burguesa

La identidad es así un efecto histórico, no una esencia. No existe La identidad humana como no existe el hombre para Foucault. Históricamente hablando lo que hoy podemos concebir como identidad es un fenómeno operacional: se establece en relación al control, al funcionamiento, al intercambio.

El intercambio es, para Levi Strauss, el común denominador de actividades sociales numerosas y aparentemente heterogéneas. Tras el quiebre de la perspectiva monocéntrica y logocrática del cogito cartesiano con la muerte de dios y con los tantos otros procesos de descentramiento que caracterizan

<sup>14</sup> Jean-Joseph Goux. *Op. Cit.* p.122.

nuestra época, se desvanece así el referente del yo que anclaba la *res cogitans*. La identidad queda, por tanto, inserta entre tales procesos de intercambio que podrían analizarse, a partir de Marx y Saussure, desde una teoría diferencial de las identidades.

La identidad no es copia ni emanación del yo interno.

Tales sistemas de identidades, como el de las mercancías o los signos con quienes mantienen un relación de homología, se extraen de un proceso diferencial que produce los diversos valores y jerarquías<sup>15</sup>. Así como el valor de cambio de una mercancía no es intrínseco a ésta, o el valor del significado de un signo no depende de su referente en la naturaleza, el valor de una identidad no es efecto de un yo interno. Las mercancías adquieren un valor en relación, primero de unas con otras en el trueque, después en relación a una equivalencia común, como el cacao, las plumas preciosas, los metales finos. Más tarde, el valor de los productos se establece por un equivalente generalizado como es el oro, para, finalmente, definir su valor en términos de un código convencional de circulación e intercambio por el papel moneda y el crédito<sup>16</sup>.

Desde la identidad totémica y la tribal, la identidad donde dios era el equivalente universal de los sujetos como el oro de los productos, la identidad cartesiana, fichteana y nietzscheniana de la voluntad y el pensamiento, hemos arribado a una especie de obscenidad baudrillardiana de identidades volteadas hacia el exterior en marcas circulantes. Sin totem ni patriarca, sin dios ni héroes, la identidad es decapitada para dar lugar a combinatorias cifradas por la convención.

Así como las palabras no son copia de las ideas que serían copia de las cosas, la identidad no es copia ni emanación del yo interno que sería copia o semejanza de dios. Saussure define una doble arbitrarie-

<sup>15</sup> "La noción de identidad se funde con la de valor y viceversa". Saussure citado en Goux *Op. Cit.* p.110.

<sup>16</sup> Marx analizado por Goux *Ibid.* cap. 1.

dad del valor lingüístico: la del significante en relación al significado (no hay nada en el significante que lo vincule naturalmente al significado fuera de la convención) y, más importante aún, la del corte conceptual que establecemos al definir los significados. También los conceptos son arbitrarios y convencionales, no tienen ninguna relación de necesidad con la realidad; ésta no está cortada de antemano en términos de los significados.

Las identidades son construcciones sociales. Se producen, circulan, se consumen. Hay una oferta de identidades en el mercado; se compran y se venden. Circulan en términos de códigos y sus valores son efectos del mismo. Como los valores lingüísticos en Saussure<sup>17</sup>, las identidades definen su valor en términos relacionales y diferenciales, no intrínsecos. La identidad se configura a partir de formas particulares de hablar (táctica retórica), formas particulares de vestir y usar objetos, seleccionarlos, habitar en relación a ellos (táctica icónica) y formas particulares de actuar y gesticular (táctica dramática). Los estilos de vestir y del hablar, los estilos del actuar como estilos del vivir, se conforman hacia el hacerse-ver desde una identidad determinada. Producen identidades personales hacia lo social. Son estilos ubicados en códigos sociales desde los que extraen su posibilidad y sus efectos de sentido.

Hay una oferta de identidades en el mercado.

Hoy las estrellas de la pantalla, los artistas, los ejecutivos, los comerciantes etcétera, producen identidades y las ponen en venta. Las identidades escrupulosamente fabricadas salen al mercado como cualquier mercancía; no importa que se trate de identidades de objetos o de sujetos; el proceso es el mismo<sup>18</sup>. Las identidades contemporáneas son efecto de una combinatoria de signos y marcas.

<sup>17</sup> Ferdinand de Saussure. *Curso de Lingüística General*. Cap. IV.

<sup>18</sup> La identidad de un Michael Jackson, por ejemplo, con su androginia y su rostro fabricados. Ver también Susan Hegeman. "Shopping for Identities: 'A Nation of Nations' and the Weak Ethnicity of Objects." *Public Culture*. Vol.3 No. 2. Primavera 1991. pp. 71-92 sobre identidades

Puede decirse que los sistemas de identidades se han producido desde instituciones, una de las cuales llega a ser la dominante en cada época: el aparato religioso, el escolar, y, actualmente, el aparato de la comunicación. Los medios de difusión masiva son, hoy por hoy, la instancia dominante de producción, circulación y consumo de identidades<sup>19</sup>.

### Epifanía del rostro y de la ausencia

Los medios de difusión masiva son la instancia de producción, circulación y consumo de identidades.

La epifanía de lo ausente es un acontecimiento evocativo difícilmente comunicable y fuera de las relaciones de intercambio. Este acontecimiento es el reverso de la puesta en identidad social. Es algo así como un retorno. Un sabor o un olor, cierta temperatura en el cuerpo, pueden ubicarnos con nitidez extraordinaria en un momento de otro tiempo y lugar en el que fuimos. La tasa de té de Proust, algunos tonos musicales en Nietzsche, la foto de su madre en Barthes<sup>20</sup>, un detalle, nos devuelven absolutamente una identidad muerta y ahora reencarnada por los sentidos. Es una epifanía de un pasado que se presenta, intempestivamente. La identidad funde pasado y presente y se descubre una permanencia efímera que puede o no estar mediada por la conciencia, como en el *déjà vu*; poco importa. Barthes jala el hilo desde la foto de su madre para traerla, tal como la sintió, al presente. Empresa imposible aun

nacionales fabricadas y, desde luego, el clásico Vance Packard. *Modos Ocultos de la Propaganda* sobre la identidad de los objetos. También Jean Baudrillard. *El Sistema de los Objetos*. Ed. Siglo XXI. y muchos otros.

<sup>19</sup> Esto no descarta las puestas en identidad más elitistas, como las que se producen con el uso de ciertas palabras clave como "difference" traza, intertextualidad, archiescritura etc. Una retórica o combinatoria de palabras y gestos discursivos desde una institución, como la Universidad de Yale, que producen identidades intelectuales "desconstruccionistas", como es el caso de Geoffrey Hartman, J. Hillis Miller, Barbara Johnson, Barbara Foley etc.

<sup>20</sup> Barthes, Roland. *Camera Lucida*. McGraw-Hill. 1981. Parte II.

para Proust quien, al desenrollar el pasado, lo reconstruyó.

Freud concibe al inconsciente como el lugar donde habitan formas de conciencia desusadas y reprimidas, ideologías monumentales abolidas por formas sociales de conciencia dominantes<sup>21</sup>. Quizás esas vivencias de identidad, esos acontecimientos estéticos evocados por un olor o una melodía, sean contactos con identidades otras, que pudiesen ser nuestras o de otros que se vuelven nosotros. En ese inconsciente puede haber encuentros con identidades perdidas o desencuentros con identidades presentes.

Pero el doblez emotivo-perceptivo, la recuperación de un fragmento de identidad pasada por una sensación presente, no rellena el vacío que se abre entre los dos momentos sino que, por el contrario, lo exacerba. Se impone una "puesta en abismo" de la existencia y de la identidad desde la que emergen estos dos momentos aislados que se funden uno en otro con luminosidad extrema, cancelando, por un instante, todo lo demás. Inversamente a los recuerdos encubridores en Freud donde el recuerdo de lo insignificante sustituye el olvido de lo significativo para el psicoanálisis el pasado identificado en el recuerdo no sustituye sino re-constituye el significado.

Se impone una "puesta en abismo" de la existencia y la identidad.

La identidad plegada hacia el pasado, desnuda de todo lenguaje, evanece las uniones y las trabes que hemos construido afanosamente para evadir la esquizofrenia y la realiza al arrancarnos momentáneamente del tejido actual y factual; es como un estado asintomático de epilepsia o "pequeña muerte", que nos abre también un contacto con la gran muerte, a veces reversible, de la locura en la estesia<sup>22</sup>. Por ello el esfuerzo sostenido en recuperar

<sup>21</sup> Freud, Sigmund . "Archaic and Infantile Features", citado en Goux. *Op. Cit.* p. 75.

<sup>22</sup> Sobre el concepto de estesia, ver Katya Mandoki. *Op. Cit.* cap.9.

más detalles almacenados en el pliegue, la terquedad por traernos la madeja entera, reconstruir desde la foto fija que cayó del pasado el largometraje completo en la búsqueda del tiempo perdido. La epifanía de la ausencia nos contagia de otras muertes y premoniza el afuera de la estética, la no condición de la estesia donde no sólo la identidad desaparece, sino el sujeto mismo.

Un rostro es una epifanía: Emmanuel Levinas.

Emmanuel Levinas distingue a la guerra del asesino en cuanto a que éste apunta al rostro. La guerra puede ser por ideales, por tierras, o por las fuerzas de la totalidad que mueven al hombre fuera de su control. El holocausto, al apuntar a la identidad del otro, a su rostro, es asesinato en masa.

El rostro es inconfundible. Los cuerpos pueden evocar otros, asemejarse, confundirse, mezclarse. Los discursos son los montajes y *collages* de otros discursos. Un rostro es único; es una epifanía, una visitación, en palabras de Emmanuel Levinas<sup>23</sup>. El rostro es habla primordial, aparece desnudo, extraño. El rostro es la ausencia de sí y la plenitud del otro. Se presenta el rostro invisible para sí al otro como se presenta el rostro diáfano e inconmensurable del otro a uno. La identidad del otro es su rostro que, en sus movimientos, permanece. Sus palabras caen, unas tras otras, carentes de la certeza de tocar el blanco o de originarse en él. Pero ante el rostro no hay disquisiciones: el otro es, definitivamente. El habla del rostro es, para Levinas, identidad en diferencia. Cada rostro significa una y la misma prohibición de asesinato. Cada rostro es diferente, pero la prohibición es la misma.

Para Levinas, no hay nada fuera de la auto-presentación del otro, su visibilidad a través de lo que lo anuncia: el rostro. Pero como vuelto-visto o como hacerse-ver, el rostro del otro es acontecimiento. El rostro en la ética de Levinas es una epifanía viviente cuya vida consiste, precisamente, en deshacer la for-

<sup>23</sup>Levinas, Emmanuel .Op. Cit. p. 59

ma, desvestirse de forma; habla desde atrás de su forma, una apertura en la apertura<sup>24</sup>. El rostro en Levinas es lenguaje no icónico. Pero el rostro desde la estética es lo icónico por excelencia, forma que fascina por su otredad; genera formas y vive en ellas. El acontecimiento injustificable de la identidad del rostro siempre fascina si nos atrevemos a mirarlo y, por lo mismo, interpela a una relación a la vez ética y estética: ética por la proscripción de asesinato, por la responsabilidad, el responder por el otro, y estética por la fascinación, el pasmo, ante el otro.

### Epílogo

¿Por qué una estética de la identidad si no hemos mencionado nada que sea particularmente bello? La belleza es una cualidad asociada a una situación donde el sujeto establece una relación con las formas o manifestación sensible y/o conceptual de un objeto (cualquiera: la naturaleza, una obra de arte, un rostro, una fórmula matemática, una idea) en la que se produce un efecto emotivo. Pero esta situación puede ir asociada con otras cualidades, no solo la belleza, tantas y más como adjetivos existen en su lenguaje. Con formaciones como los templos, los vestuarios y gestos, las palabras y los relatos producen efectos en el sujeto que los percibe, efectos emotivos, efectos prácticos, efectos de verdad, entre otros. El efecto de identidad es también, aunque no solamente, un efecto emotivo. La identidad no es solo un concepto aséptico; es una experiencia preñada de sensaciones, asociaciones, emociones.

Por una estética de la identidad.

El descubrimiento del rostro en el espejo por el infante es una experiencia estética: la imagen que ve, las formas que percibe en el espejo, producen efectos emotivos. El amor es igualmente una experiencia estética provocada por la piel y la voz, por las

<sup>24</sup> *Ibid.* p.59.

formas de hablar y de ser del otro (además de las personalidades que provoca en nosotros). Las relaciones que establecemos con la tierra, la historia, el logos, con las piedras y textos sagrados, con los rostros y los recuerdos, desprenden una gran carga emotiva.

Los encuentros con el otro son para la identidad individual, lo que la historia es para la identidad colectiva.

Los rituales, las escenografías, los hábitos, los encuentros con el otro, son para la identidad individual como la historia, el logos, los nombres, la tierra y los números para la identidad colectiva, social, nacional. Máscaras para hacerse ver, máscaras para perder identidad, para adquirir otra, para ocultar la propia, para presentar una más propia, apropiada. Identidades persistentes producidas por el lenguaje, identidades en venta, identidades perdidas para siempre, cada segundo, identidades cristalizadas por el mito, identidades confirmadas por la mirada de dios, identidades aniquiladas por la gran identidad de una raza, identidades inventadas por el arte, identidades arrancadas por el misterio numérico de la cábala...? ¿Por qué esa pasión del hombre por la identidad? La agónica de la identidad se resuelve, quizás, solo en la tautología absoluta, única identidad posible, del YO SOY EL QUE SOY.<sup>25</sup>

<sup>25</sup> Es la respuesta que tuvo Moisés al preguntar por la identidad de Dios: "Si ellos me preguntaren: ¿Cuál es su nombre? ¿qué les responderé? Y respondió Dios a Moisés: YO SOY EL QUE SOY." Exodo 3. 13, 14.